

ATLÁNTIDA (2014)

Dirección: Inés María Barrionuevo.
 Año: 2014.
 Intérpretes: Melissa Romero, Sol Zavala, Florencia Decall, Guillermo Pfenning.
 Guión: Inés María Barrionuevo.
 Fotografía: Ezequiel Salinas.
 Edición: Rosario Suárez.
 Dirección de Arte: Carolina Vergara.
 Sonido y Montaje: Atilio Sanchez.
 Producción: Edgar Tenenbaum y Natali Córdoba.
 Producción Ejecutiva: Paola Suárez.
 Compañía productora: Germina Films, Tu vas voir.



ATLÁNTIDA

Martín Álvarez

En *Atlántida*, Inés Barrionuevo se las arregla para que uno de sus personajes diga “batifondo” y la música salga de *walkmans*, entre otras señales que nos advierten que estamos en alguna parte de los ochenta. La película transcurre durante un día de verano en algún pueblo del sur de Córdoba que la directora convierte en un lugar poblado por adolescentes en busca de alguna cosa distinta, aunque por lo general esto termina siendo “atracar” con alguien, según le llaman ellos. La protagonista es Lucía (Melissa Romero), una chica retraída que prefiere nadar cuando en la pileta no hay nadie y el agua está helada, y que prepara su examen de ingreso a arquitectura mientras Elena (Florencia Decall), su hermana menor enyesada, le exige cada dos minutos, aproximadamente, que salga a comprarle helado. Hay una tercera chica, una amiga de Elena que se llama Ana (Sol Zavala) y que, de a poco, se va acercando más a Lucía mientras va y viene entre la pieza de la más chica y el living donde subraya apuntes la mayor de las dos hermanas. Esta es más o menos la trama de la que parte *Atlántida*, que, luego de situar su ambiente de años ochenta, su verano de pueblo sin más oferta que una feria de apicultura, una pileta, una heladería y un boliche donde se celebran fiestas de la espuma no muy prudentes, prefiere concentrarse en la intimidad de los personajes para estudiar lo que parece su despertar erótico.

Todo va más o menos bien en *Atlántida* hasta que aparece Guillermo Pfenning. No quiero ser injusto con Pfenning, que hace un buen trabajo, preciso y a tono con lo que la película le pide. El problema no es con él, sino con el giro que Barrionuevo decide darle a la película una vez que su personaje aparece. Luego de introducir y cruzar a sus primeros personajes, de situar su contexto, de dar cuenta suficiente del tedio en esa siesta veraniega, la directora decide sacarlos del aburrimiento y salir a manejar a las afueras del pueblo. Mientras en los primeros minutos pareciera que *Atlántida* flota por sus escenas mínimas sin un destino narrativo muy claro, cuando los autos salen a la ruta asume una estructura mucho más definida. Barrionuevo salta del viaje de Lucía y Ana (y Ciro, el perro) en uno de los autos, al de Pfenning y Elena en el otro. A eso le agrega, repentinamente, una tercera trama protagonizada por un pequeño peón de campo que trata de acercarse a la hija de su patrón mientras se hace cargo de sus dos hermanos. Es como si, ante lo convencional de su premisa original, la directora quisiera sofisticar la película como una tipología de deseos basada en su pequeña variedad de edades, géneros y clases sociales.

No hay nada que imposibilite la transmisión de todas estas experiencias en una hora y veinte, aunque no siento que sean los frutos que *Atlántida* ofrece al final del día. La intimidad, por definición, no es un terreno de fácil acceso, y la intimidad de cinco personas no es algo de lo que parezca sencillo impregnarse en tan poco tiempo. De cualquier manera, el problema es que tampoco creo que Barrionuevo tome las mejores decisiones para que algo así ocurra. El buen pulso, el buen desempeño técnico y actoral, la fotogenia del *casting* hacen que no se note del todo, pero esta es una película más bien atolondrada, algo mezquina en el intento de que sus elementos y eventos fluyan plenamente en pantalla, algo más preocupada por fabricar las situaciones suficientes para llegar al final del día que por contagiar la temperatura de sus emociones.

La estructura de “un día en la vida de” alienta la idea de horas importantes en la experiencia de sus personajes. Sin embargo, la noción de experiencia de la película se parece —casi físicamente hablando— a la de una cabina que

se conduce a sí misma hacia adelante sin crecer hacia los costados. Déjenme ilustrar esta idea con una elección formal que parece secundaria, pero que a mí me llamó la atención. Durante el viaje que hace Elena con el médico interpretado por Pfenning, llegan, en un momento, hasta una casa donde al parecer ocurrió algo grave. Muerta de curiosidad, Elena desobedece la orden del médico de quedarse en el auto y entra a la casa para saber qué pasa. Entonces la cámara hace algo un tanto absurdo. La chica entra a la pieza y se encuentra con Pfenning atendiendo a un tipo que parece estar grave; en la escena, se llega a ver algo de sangre. No parece una información esencial, aunque tampoco logro explicarme del todo qué sentido tiene mostrar tan de soslayo esa escena, por qué tan fuera de foco, como si esa experiencia de Elena en la que la película intenta compenetrarnos no incluyera la posibilidad de mirar lo que el personaje encuentra a su alrededor, como si el suyo fuera un punto de vista a medias o como si lo que está pasando en ese momento fuera algo a develar en su nuca.

Ese estilo de múltiples narraciones paralelas tiene también, como efecto, una preferencia por las elipsis más que por los momentos, en un tipo de película que pide casi todo el tiempo lo contrario. *Atlántida* sugiere un fondo más delicioso, más intenso, al menos más extravagante, que lo que finalmente llega a la pantalla. La imagen de una instrucción de manejo entre dos amigas, por ejemplo, en el medio del campo, parece un momento para ser filmado y saboreado con más oxígeno. Barrionuevo se conforma con dar cuenta de que algo así está ocurriendo y abandona la situación para volar a otra de las tramas. ¿De qué habla Elena con ese camionero que le convida un cigarrillo, mientras se hace pasar por una chica de 18 años en la estación de servicio? El montaje recoge el momento inicial del encuentro y salta al punto B, en que Pfenning enfurece por verlos charlando; a su vez, esto deja a la película preparada para saltar a otra parte de la acción. Esa pauta persistente de avanzar a la posta siguiente nos priva, en *Atlántida*, de la experiencia de lo que hay al medio. Con los brevísimos diálogos entre Lucía y Ana pasa algo parecido, aunque, por un motivo que no me explico, pareciese que la película solamente las reencuentra cuando hacen alguna alusión a la muerte. El caso del peón es singular: es un personaje atractivo, con la aspereza natural del pequeño actor; sin embargo, en el tratamiento que se le destina, parece un agregado plástico ideado para dotar a la película de una muy vaga sensibilidad social.

Atlántida es también el tipo de película de las que uno suele decir que se deja ver, es agradable y tiene un ritmo que no aburre, pero se guarda en la memoria como una insatisfacción difusa. Si esta es una película impulsada por cierta energía íntima, por cierta ansiedad de fugarse de la rutina y salir a cultivar placeres más intensos y desconocidos, verla se parece más a completar un rastro de datos que a alcanzar momentos de placer pleno. Uno intuye que esas chicas pasaron por algo importante durante el día. Estoy menos seguro de haberlo vivido. Y, encima, para mí no hay helado.

Martín Álvarez

Es crítico de cine, editor y cofundador de revista "Cinéfilo". Estudió en el Departamento de Cine y Tv de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Córdoba y en el seminario El ojo soberano, que dirige Roger Alan Koza. También es programador de los cineclubes Cinéfilo y Pasión de los Fuertes.

Contacto: martalvarez88@gmail.com